



Y ahora, emparejados los dos, ¿qué nos enseñan? Dos películas hemos visto y otra esperamos ver esta temporada. Las tres — parece — están unidas por un nexo común. No se trata de la idílica pareja de la novela rosa de final satisfactorio. Ni mucho menos del alegre matrimonio que se distrae — y nos distrae — tirando la casa por la ventana.

Stewart-Sullivan encarna la pareja joven que lucha con los crasos problemas cotidianos y vulgares, sobre los que salta la idealidad del amor. Es un caso que hallamos todos los días en nuestra vida. Y así, «Cuando volvamos a amarnos», «El Ángel Negro» y «El bazar de las sorpresas».

Dos grandes actores unidos en una empresa común. Una correctísima pareja humana resaltada en el lienzo de plata que nos atrae por su realismo. Sin duda, si hemos de aplicar a tiempos nuevos arquetipos también nuevos, James Stewart y Margaret Sullivan, son la pareja del cine de nuestros días.

LORENZO ESTÉVEZ

Simbolismo de Cary Grant

Es un hecho que a las mujeres les gusta Cary Grant. Pero les gusta, sobre todo, en su nueva especialización. Cary Grant es un hombre atlético. Tiene unas manos muy grandes, un cuello de toro y un torso de luchador. Ahora bien, lo que más le gusta a Eva es lo fácilmente manejable de este nuevo tipo que él encarna. Tomemos como ejemplos «El asunto del día» con Jean Arthur, «Mi mujer favorita» con Irene Dunne, o bien, «Vivir para gozar» con Katherine Hepburn. En las tres cintas se repite el mismo tipo: un hombre de fuerte musculatura y docilidad infantil; cera moldeable en las manos de cualquier mujer. Ellas dicen que les gusta por su virilidad, su despreocupación en el vestir — su elegancia consiste en ponerse el sombrero de cualquier forma y en no molestarse mucho por el nudo de la corbata —. También les agrada, porque es un «fresco» en toda la extensión de la palabra. Y, sobre todo, porque su virilidad, rudeza, frescura y desaliño, solo son el marco de un alma adolescente, blanda, idealista y un tanto soñadora que se doblega fácilmente a ellas... Fuerte dominador, en apariencia, en quien Eva manda como en un chiquillo.

G. M. VIVALDI

“¡Qué verde era mi valle!”

Vida y Poesía en el celuloide

Hay dos clases de espectadores cinematográficos: los que van al «cine» para «pasar el rato» y los que van a sumergirse en una dimensión artística. Para estos últimos, esta clase de películas. ¿Se trata de una cinta para la minoría intelectualista? De ninguna manera. Es una película de mayoría y de minoría. De mayoría que sepa sentir; de minoría que sepa aquilatar. *Para la mayoría* tiene su exacto desarrollo cinematográfico: *es un film con acción donde pasan muchas cosas*, donde hay una vida externa de la familia Morgan, suficiente para captar la atención del espectador ansioso de acaceres. *Para la minoría* tiene una gama riquísima de detalles plenamente conseguidos. Y, sobre todo, para esos pocos que saben aquilatar, esta cinta tiene *poesía*. Hasta ahora, todas las buenas películas eran un resumen de todas las artes reincorporadas a la dimensión cinematográfica. Pero, así como abundó el cinema en aprovechar la arquitectura, la pintura, la música, la literatura, etc., en cambio, casi siempre, notábamos que escaseaba en sus realizaciones esa sutil interpretación poética que la vida lleva consigo. Porque el cinema, si es algo, es un trozo de «vida» que se nos hace patente y real en el cla-

roscuro de la proyección. El cine no puede divorciarse de la vida porque, entonces, fracasa. Es el arte que más cerca tiene que estar de la realidad cotidiana; no puede desligarse de la vida porque nació para eso: para contarnos a los espectadores una vida que desconocíamos antes de entrar en la sala y que, ahora, ya es nuestra, profundamente nuestra, al salir de nuevo al aire de la calle. *Pero, la vida está llena de poesía.* Lo que sucede es que unos hombres la perciben y otros no. El artista tiene que saber escuchar esa poesía que late en la vida real y cotidiana. Y el «cine» debe captar ese sentido poético y resaltarlo sin exagerarlo; llamarnos la atención sobre cada uno de los destellos poéticos que vibran en nuestro entorno. En este sentido «¡Qué verde era mi valle!», es una perfecta realización: «secamente humana y jugosamente poética». Rememorar detalles sería tarea prolija. Baste saber que la vida de los Morgan ha quedado incorporada a nuestro acerbo vital. Los Morgan existen ya para nosotros porque casi se han convertido en familiares nuestros.

Hay quien dice que la película es triste. Aclaremos un poco. No confundamos la tristeza artificial, retorcida y contrahecha de algunos «dramones» con esta tan natural tristeza de este «film». Es la tristeza de la vida sin exageraciones ni falsos efectismos. Tristeza seria que causa pocas lágrimas, como la tristeza de verdad. También se ha dicho por algunos que era una película «marxista», porque los protagonistas son mineros y porque late en ella el tema del trabajo. A esta objeción tan estúpida la mejor respuesta es el silencio.

Saludemos en «¡Qué verde era mi valle!», un valor cinematográfico y un camino a seguir.

G. M. VIVALDI

Un fino y profundo actor

Philip Holmes murió hace poco, relativamente joven. Era inglés y había trabajado con directores europeos y americanos. Su figura juvenil y correcta encarnó muchos personajes, aunque su fotograma sea siempre ante nuestros ojos el de un joven magro, elegante, embutido en un casaquín romántico.

Nuestra memoria cinematográfica es corta, pero diez años en el cine son buenos — casi tantos como un jubileo o centenario en literatura — y todavía recordamos bien aquel «Remordimiento», película de postguerra, con una tesis pacifista y humana. Allí, sencillo y emotivo, Holmes encarna la figura del guerrero que se cree simplemente criminal, junto a una dulce y frustrada novia alemana (Nancy Carroll) y un formidable y wagneriano viejo teutón (Lionel Barrymore).

Después, un salto muy cinematográfico, para volvernos a encontrar a Holmes rodando bajo un experto director italiano, Carmine Gallone, encarnando la figura del finísimo y romántico Vincencio Bellini. A su lado, la musa — esta vez noble — napolitana, magnífica cantante, aunque no tan buena actriz: Martha Eggert, simpática y enamorada.

Aunque «Casta Diva» es un jalón más en aquellas películas europeas, biografías luminosas de músicos que empezaron en «Vuelan mis canciones», no sólo la llenan la voz de la Eggert y los trozos maravillosos de «Beatrice di Tenda», «Tempestá» y «Norma». Holmes es aquí el romántico y apasionado músico siciliano que pasa del odio al amor en rápida mutación, recreando la figura del mayor músico de Italia.

Hemos dejado para el final algunas de las mejores realizaciones de Holmes. Nos referimos a las adaptaciones de Dickens a la pantalla. Se han llevado al lienzo de plata, creemos recordar: «El misterio de Edwin Drood», «Historia de dos ciudades», «Grandes ilusiones» y «David Copperfield».

Estas dos últimas son sendas creaciones de Philip Holmes. La primera — einta inadvertida en nuestros locales — nos da un Pip hombre, forzudo y alegre muchacho acompañado de uno de los rostros más agradables del cine: la dulce Jane Wyatt, que últimamente vimos en el genial film de Capra «Horizontes Perdidos». Realización verdaderamente dickensiana, con esa segunda parte en la que vuelven los personajes que vimos infantiles.